

UN OBRERO



(Conclusión.)

—Dígame usted, señorito, —me preguntó desentendiéndose de lo que yo había dicho—; por qué su padre de usted no vende todas las tierras que tiene aquí y compra una de aquellas casas tan hermosas que hay en la capital y se van ustedes á vivir allá, que hay tantas diversiones?

—Me choca la pregunta, —le dije yo riéndome;—y entonces ¿con qué íbamos á comer?

—Pues por eso, —me interrumpió, —no tomo yo café; porque entonces ¿con que voy á comer? Dígame usted, el café ¿evitará que yo almuerce? No.

¿Me servirá de comida? No.

¿Me dará más vida? No.

¿Me dará más fuerza? No.

De modo que lo único que hará será obligarme á gastar real y medio cada día.

Veinte años han pasado desde que yo me casé; si como algunos de mis compañeros hubiera ido todas las noches al café, habría gastado ya en ello más de diez mil reales. ¡Cuántos días de hambre hubiera pasado mi familia sin esos quinientos duros!

Y no hablo de memoria. Mire usted, cuando yo no me había casado y era *jornalero*, iba á trabajar á donde me llamaban.

Me daban de comer durante el día y al retirarme á la puesta del sol, me daban una peseta, que no necesitaba gastar.

Algunos de mis compañeros se iban al café y de allí salían á las tantas de la noche, sin un cuarto, porque con la conversación fumaban más, y tras el café, siempre venía una copa.

Por la mañana no había quien los pusiera en tiro para ir á trabajar, y con frecuencia perdían el día de labor por haberse dormido.

Yo no consentí jamás ir al café, y por la mañana me levantaba tan listo, teniendo mi peseta en el bolsillo.

Gastaba menos que ellos en el fumar, y mucho menos en vestir, porque ellos, para ir al café, tenían que ponerse todas las noches la ropa de los días de fiesta.

Algunos de ellos se casaron y para ello tuvieron que *entramparse*, porque no tenían ahorro alguno.